

¿Y los presos? Otra gran mujer, paisana suya, la que más admiro de todas las mujeres, Concepción Arenal, me enseñó a quererlos y a compadecerlos. ¡Tanta labor se debe realizar en las cárceles y presidios! ¡Tanta desgracia pudiera ser evitada!...

Teoría de la Revolución

Por ALFONSO TEJA ZABRE

Con el título de "Teoría de la Revolución" acaba de publicar ALFONSO TEJA ZABRE un nuevo libro. La obra del distinguido hombre de letras, catedrático de la Escuela de Jurisprudencia y de la Facultad de Filosofía de nuestra Universidad, constituye un novedoso esfuerzo de síntesis de las teorías sociales y filosóficas más destacadas de nuestro tiempo, dentro de un criterio de positiva amplitud, como lo comprueban los ensayos que reproducimos a continuación.

Del número a la mística

Cournot (Antoine Augustin) quiso aplicar el método matemático a la economía política (Recherches sur les principes mathématiques de la theorie des richesses) y no tuvo éxito. De sus cálculos sólo pudo obtener combinaciones de símbolos y datos de poca importancia.

Descartes creía poder resolver los problemas del universo con las matemáticas, a fuerza de pura razón. Avanzando en las combinaciones de los puros guarismos, habría que subir a la línea y la superficie con los signos algebraicos, después a los volúmenes irregulares. Después a las fórmulas mecánicas, de física y de química inorgánica. Ya la química orgánica se resiste más a condensarse en fórmulas, y la biología se desborda no sólo del lenguaje cifrado de las matemáticas, sino de los esquemas y las clasificaciones. La lógica debería ser el método de las ciencias abstractas. La lógica debería ser el método de las ciencias abstractas. Y con la lógica, la razón pura, la experiencia y la observación. El pensamiento Marx-Engels quiso levantar construcciones íntegras de historia, de economía y de sociología. La tarea fué colosal y fecunda. Pero los sectarios ideológicos pretendieron dar por terminado lo que no era sino proyecto gigantesco. La razón sola, la dialéctica usada como recurso único y omnipotente no podía aclarar más que una zona limitada. Era preciso volver en parte hacia atrás y admitir como instrumentos de investigación los antiguos recursos humanos y divinos de la intuición, los atisbos de la inspiración poética mística, y hasta las formas imprevistas que se revisten como revelaciones o mensajes mágicos y sobrehumanos.

Las cárceles dogmáticas

El que concibe un sistema puede pasar por un genio, un utopista o un fanático. Pero los que se encierran después dentro del sistema no son casi siempre más que sectarios o simples repetidores.

El bello sistema construido por un pensador se deforma en la realidad de la política o se petrifica para convertirse en dogma. Buscar el método que sirvió para levantar una obra es como hacer lo que el genio creador haría en nuevos tiempos y nuevas circunstancias. Los fariseos querían hacer lo que sus Profetas habían predicado para siglos anteriores, como los cuáqueros pretenden apegarse a la letra rígida de la Biblia. El verdadero cristiano debería preguntarse lo que Jesús podría ordenar si volviera a vivir entre nosotros, y el marxista consciente tendrá que proceder en forma semejante, investigando por la doctrina hecha para el siglo pasado, lo que debe ser la doctrina para el año presente.

Piedra de toque

La mejor demostración de probidad y de confianza en las propias ideas; la mejor prueba de que se pretende ser o merecer llamarse un marxista consciente es aplicar a Marx y al marxismo las ideas fundamentales de la doctrina marxista. Y la primera de ellas es no tomar a Marx como un santón ni como un oráculo, sino como un removedor de ideas geniales, intérprete de la época moderna y representativo del movimiento social de reivindicación proletaria. Rosa Luxemburgo, descubre a las generaciones actuales al verdadero aspecto del viejo derrumbador, que nos han presentado sus enemigos y sus malos amigos como un torvo profeta de abominaciones y catástrofes.

La letra mata

Es una actitud de fariseo tomar con rigor la letra de los textos de Marx o Engels, que hablan de una base económica sobre la cual se construyen la estructura y las superestructuras sociales. Se exige que la realidad demuestre la existencia física de una base, cuadrada, sólida y material, con las estructuras superpuestas geométricamente. Es decir, se toma una explicación figurada por una fórmula de construcción material. Será necesario explicar que las relaciones entre base y estructura no son como en un edificio de piedra, sino como en un conjunto de elementos móviles, y en constante transformación.

Los Deberes Olvidados

Por el Dr. GREGORIO MARAÑÓN

De una importante conferencia del DR. GREGORIO MARAÑÓN, que es una de las figuras intelectuales más fuertes de España, ofrecemos los puntos que siguen. El nombre de Marañón no sólo representa la actitud del científico, sino la del espíritu inquieto entregado a todas las nobles actividades sociales del momento, de las que el autor español siempre tiene algo que decirnos.

NO hay orador o conferenciante, en los momentos de ahora, que al hablar en público no se sienta impulsado por el afán, casi por el deber, de discurrir sobre las causas de ese trastorno profundo y acerbo que sacude los Estados, los pueblos y las

civilizaciones y el ideario y la economía de las familias y de los individuos. Y esto voy a hacer esta noche ante vosotros, militares, que es como hablar a una representación oficial y genuina de la patria. Y os voy a hablar, pues, como hablaría con mi patria misma, que es para mí, como para todo hombre, parte de mi conciencia. El carearse con ella, como el carearse con Dios, equivale, por lo tanto, a realizar ese acto trascendente para el que las gentes de ahora empiezan a perder la aptitud, acto inexcusable para marchar con dignidad humana por la vida, que se llama el examen de conciencia.

Y es ahora tal actitud más necesaria que nunca, porque caracteriza a las fases en que la Humanidad cambia de rumbo, la pérdida de aquellos puntos de referencia éticos que en las épocas ordinarias nos sirven para orientar nuestra conducta. En los tiempos de paz, ahora tan lejanos, hay unas normas sociales que nos marcan aproximadamente cuál es el camino recto y cuál el sendero vedado y retorcido. Pero al llegar las horas de crisis, esa sanción que nos viene de fuera se mixtifica y debilita y acaba por desaparecer. Cuando hoy contemplamos el panorama del mundo no nos afligen los atropellos y las injusticias que el Poder en ciertos países perpetra sobre los hombres indefensos, o aquellos otros atropellos e injusticias que los hombres cometen contra sus semejantes y contra el Estado mismo. A la postre sabemos que el tanto por ciento de sentido arbitrario y de crueldad de que se compone la naturaleza del hombre es todavía lo suficientemente grande para que sea un sueño irrealizable el esperar la rectitud estricta en las acciones humanas. Mas hay algo que nos acongoja y desconcieta, y es ver que esos atropellos y esas injusticias del fuerte contra el débil se ejecutan en un vacío de sanción por parte del resto de la sociedad. Hoy un Estado puede despojar de sus bienes y de su libertad a un hombre o a un grupo de hombres que le estorben o suprimir sencillamente su vida. Y un hombre de la calle o un gremio de individuos puede revolverse contra la paz y la conveniencia material de los otros y del Estado mismo. Y la egoísta violencia no encontrará otro castigo que una de esas protestas firmadas por los hombres de siempre que aparecen cada día en las columnas de los periódicos que las quieren publicar y que se olvidan al siguiente, entre la indiferencia de los más; quién sabe, sin embargo, si para dejar acta consignada ante el futuro de que no todos los habitantes de la tierra eran, en un momento dado de su evolución, completamente viles.

La vuelta del hombre a su conciencia de crueldad y de injusticia

Yo no digo esto con pesimismo y amargura, porque todos los casos, por dolorosos que sean, no deben abatirnos, sino servir de estímulo a nuestra voluntad para modificarlos y de lección suprema para nuestra conducta. Si traigo todo esto a cuenta es porque precisamente es en tales momentos cuando el hombre preocupado debe intensificar la vuelta a su conciencia y buscar en ella, con ahínco escrupuloso, la directriz que el ambiente no le

da. Y nuestra conciencia, para que no sea una farsa, ha de ser antes que nada despreocupación de uno mismo. Por paradójico que parezca, cuando buscamos a nuestro propio yo, a nuestro íntimo y profundo yo, tenemos que prescindir de él y no ver más que esos planos impersonales del ambiente, en los que nos movemos como los astros en el éter. En el hondo cristal de nuestra conciencia, como en el agua lejana de un pozo, no hemos de buscar, para encontrarnos, el reflejo de nuestra propia persona, inclinada ansiosamente sobre el borde, sino el cielo azul o anubarrado, detrás del cual están los valores eternos, los deberes con la sociedad—es decir, la patria—y los deberes con nuestro destino suprahumano, es decir, Dios.

El germen de la angustia actual del mundo

Y aquí está implícito lo que constituye, a mi juicio, el germen de la angustia actual del mundo. El hombre ha vivido durante varios decenios casi exclusivamente hacia afuera, a fuerza de no pensar más que en sí mismo, y a la vez sin enfrentarse consigo mismo, que es, repetámoslo, dejar de verse para ver los altos y eternos valores despersonalizados y humanos. O dicho de otro modo: la Humanidad se ha derramado fuera de sí para buscar y conquistar, con un sentido egoísta, lo que llama sus derechos, y ha olvidado el mirarse a sí misma para pensar también en sus deberes. Si intentamos, en consecuencia, exponer en una fórmula concreta el nervio de la inquietud actual, podría interpretarse así; el hombre, como individuo y como pueblo, padece una crisis del deber y una hipertrofia del derecho. Y luego veremos que el remedio que automáticamente se impondrá la Humanidad a sí misma consistirá en la fórmula inversa; en recortar con enérgico valor nuestros derechos y fomentar la robustez y la dureza, la responsabilidad de nuestros deberes.

Los "derechos del hombre" han sido durante años y años el ideal colectivo que ha exaltado y servido de bandera a las masas y a los individuos. El hombre tenía derechos de los que estaba desposeído y era preciso conquistarlos. Y muchos, en efecto, han sido conquistados. Mas he aquí que hemos llegado a un punto de nuestra evolución, en el que a fuerza de derechos nos encontramos en la misma situación que el hombre de la Edad Media, es decir, sin otro camino para arreglar nuestros problemas que la fuerza sin derechos, la violencia, la sangre, que, como una deidad terrible, es la solución suprema de los conflictos humanos. Y por eso volvemos la vista con aflicción y angustia en torno nuestro, y el camino de la conquista de los derechos, recorrido de tan buena fe—la buena fe liberal—, nos empieza a parecer un error, por lo menos un error de perspectiva que ya no se puede rectificar, y el porvenir, demasiado incierto para el alma desmoralizada de las generaciones contemporáneas.

Y sin embargo, el problema es sencillo. El afán de acumular derechos ha socavado y sofocado el sentimiento del deber, que es un eje esencial de nuestra vida. Esto es todo. Como a fuerza de vivir para los deberes y sólo para ellos el hombre puede convertirse en un esclavo, así el ansia sin

medida de los derechos arranca de raíz el sentimiento del deber y convierte al hombre en un demonio insensible y cruel, que sólo acierta a dirimir sus dificultades por la fuerza. Es, pues, preciso que comience una nueva y áspera era, cuyo signo serán "los deberes del hombre", que servirán de contraveneno a la intoxicación que este siglo y medio "de los derechos del hombre" ha producido en el alma de nuestro tiempo.

— Pero ¿cuáles son los deberes del hombre actual? ¿Cuáles los que nosotros, ya cercanos al término de nuestra eficacia social, hemos de inculcar a los que nos sucedan en la vida?

Perdonad que antes de hablar de estos deberes hable unos momentos de mí mismo: ¿Quién soy yo, me pregunto antes de que vosotros me lo preguntéis, para subir al púlpito y hablar de deberes a los demás? Pero a esta pregunta se la ataja, sin dejar venir la respuesta, con esta otra: ¿Qué hombre puede hablar, no siendo más que un hombre, a los demás de sus deberes humanos? Y entonces os responderé enseguida: Quien no esté limpio de culpa, pero sí lleno de buena intención, es el que puede señalarnos el verdadero camino. Pensad que en esta frase está explicada toda la modestia de la intención y también toda su responsabilidad: "señalar el camino". Cuando estamos perdidos, es uno cualquiera el que nos devuelve a la buena ruta: un vagabundo, un pastor, un pobre hombre que tal vez no sabe nada más que las veredas del mundo y que no tiene, esto es esencial, intención de engañarnos. No hace falta más. Pero sólo conoce los caminos rectos quien erró alguna vez por los torcidos, y la mejor intención no es tal vez la del hombre impoluto, sino la del que tiene en la piel las cicatrices de muchas heridas.

Los deberes del hombre actual

Y así os digo que el hombre actual tiene que prepararse, en una ruda disciplina, a resucitar y a vivir sujeto a todos sus deberes: a sus deberes de hombre o de mujer, a sus deberes de mozo, de maduro o de anciano; a sus deberes profesionales, y finalmente, a sus deberes de ciudadano de la patria y del mundo. Fácil sería comprobar, si no constase en la conciencia de todos, que estas cuatro categorías de deberes se han ido olvidando. Y urge carearnos en el silencio de nuestra conciencia con cada una de ellas para encontrar sus brechas y quebraduras y ensayar su reconstitución.

Meditemos ante todo en que son muchos deberes y no uno solo, y en que son diferentes para cada momento de la vida y para cada uno de los rasgos individuales de nuestra estructura física y espiritual. Esta diversidad inmodificable de nuestros deberes es la razón suprema de la desigualdad, igualmente inmodificable, entre los hombres. No podemos dejar pasar este punto sin un comentario, porque es esencial para la interpretación de nuestro tiempo. El sueño de la igualdad humana se basa precisamente en la fascinación de la igualdad de los derechos del hombre, que, en efecto, aspiramos a que sean los mismos para todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, ricos y menesterosos, débiles y fuertes, inteligentes y pobres

de espíritu. "Cualquiera que sea nuestra condición —hemos oído decir durante los siglos pasados—, todos somos hermanos y tenemos, en consecuencia, idénticos derechos a la libertad, a la instrucción, al bienestar físico, a la intervención en la vida pública, etc." Pero ¿y los deberes? ¿Cómo podrán ser iguales en el atleta y en el raquítico, en el genio y en el idiota, en la hembra y en el varón, en el niño y en el patriarca de la cabeza cana? El derecho nos viene de fuera como un regalo, y puede, en teoría, sernos repartido por igual. Pero el deber mana de nosotros, de nuestra personalidad y de cada momento de nuestra personalidad, como el chorro de un manantial, y es inútil pretender que su calidad y su calibre sean iguales cuando la fuente brota en un vergel o en un desierto, cuando brota en los meses de humedad o en los de estiaje, cuando el agua se conduce por cauces limpios y bien captados o cuando corre entre contaminaciones y quiebras que la ensucian y dispersan.

Nada, pues, de lo que ocurra en el mundo realizará el ensueño de la igualdad, porque nada podrá igualar los deberes de cada ser humano. Y es el deber, y no el derecho, el que marca las diferencias esenciales y las categorías entre unos hombres y los otros. Un régimen social, teórico, podrá dar los mismos derechos a un hombre genial y a un mentecato; pero aquél se sentirá obligado, por encima de toda ley, a cumplir deberes que el ciudadano de la mente limitada no es capaz de sentir. Y ese hombre genial será tanto más superior por el hecho de sus deberes geniales, intangibles, cuanto más se le quiera allanar a los derechos de los demás hombres.

La igualdad, equilibrio inestable

Partamos, pues, de la desigualdad de nuestros deberes para recobrar el equilibrio. El equilibrio del mundo estará siempre fundado en la no igualdad, porque es un equilibrio inestable. Como la salud física se funda en un balanceo perpetuo de nuestra vitalidad sobre el abismo de la muerte. Vivimos porque no podemos ser perfectos, porque estamos en cada instante en inminencia de morir. El estímulo de nuestra vitalidad y de nuestro progreso—luego volveremos sobre ello—es el dolor y la inquietud. Por ello, a medida que se anulan y desaparecen unos conflictos interhumanos, aparecen otros. Cuando la guerra se acaba surge la revolución. Y mientras los médicos borramos de los libros de Patología esta o la otra enfermedad, nacen enfermedades nuevas que mantienen, por un mecanismo o por otro, intacto el volumen del sacrificio que la Muerte exige de la Humanidad cada día. Ya no moriremos del cólera o de peste bubónica; pero nuestras arterias y nuestros nervios se rompen más pronto que hace varios siglos, y lo cierto es que las camas de nuestros hospitales varían de clientes, pero no están nunca vacías.

Corre nuestra vida, la de cada uno y la de los pueblos, como el agua fecunda de los ríos, gracias al desnivel y a los accidentes del cauce. A lo único que podemos aspirar es a que no se desmande y se desborde. Sería necio, en cambio, pretender

que se estancase, y eso sería la felicidad ilusoria fundada en la igualdad.

Y ya es tiempo, señores, de examinar esas nobles e inmodificables diferencias fundadas en el deber de cada cual, que de tiempo en tiempo tenemos que recordarnos los hombres, los unos a los otros, como se recuerdan los cartujos que han de morir, porque el rasgo más fuerte del espíritu humano es su increíble, su milagrosa capacidad de olvidar.

Deberes del hombre y de la mujer; por lo tanto, deberes ligados con el sexo. Muchas veces he hablado de estos deberes, y me hago la ilusión de que mis puntos de vista no os son enteramente desconocidos. Lo que me importa volver a afirmar es que estos deberes sexuales no tienen apenas nada que ver con el sexo mismo. El deber del varón como tal varón es trabajar y producir. El deber de la mujer, como ente sexual, es ser madre, buena madre y madre para siempre; lo demás de nuestra vida estará bien o mal, según concurra o no, directa o indirectamente, a estos fines supremos.

Los Problemas de la Cultura

P o r D E S I R E R O U S T A N

Del libro del profesor DESIRE ROUSTAN, cuyo título bautiza estos renglones, seleccionamos algo apropiado a los fines que nos mueven a las publicaciones de esta Sección. Roustan analiza en su interesante estudio los problemas todos de la cultura, entendiéndolo por tal el proceso de la formación espiritual del hombre.

COMO definir la cultura? ¿Por qué signos reconocer a un espíritu culto? ¿De qué medios disponemos para completar nuestra cultura, después de ese momento en que se cree erróneamente terminada nuestra educación, o bien, para adquirir la casi totalmente cuando sentimos su radical insuficiencia, cuando los azares desfavorables han colocado nuestro punto de partida muy lejos y muy bajo?

Si la escuela y la familia no han transmitido al niño toda la parte de herencia espiritual que sus aptitudes le permitían recoger y hacer fructificar, ¿es aún tiempo para el adulto de reivindicar esos bienes espirituales, que no consisten solamente en conocimientos, nociones científicas, literarias, morales, históricas, sino también, y sobre todo en hábitos del pensamiento y del carácter, los que, más que el saber, fijan nuestro rango en la ciudad de los espíritus?

Este libro trata de contestar esas difíciles preguntas. Una observación sugerida comúnmente por la última de ellas, le ha dado vida: la experiencia parece probar que, en raras ocasiones, un

adulto a quien ha faltado cierta formación espiritual, se eleva a un grado superior de cultura por sus propios esfuerzos. Parece que nuestros veinte primeros años nos clasifican a este respecto en la vida. Sin embargo, en otros aspectos, ellos no nos clasifican en forma tan durable ya que es corriente ver al pobre enriquecerse, al niño enfermo recobrar la salud, al indolente descubrir la pasión que lo precipitará en la agitación y la lucha. Mas ¿son reparables los defectos de nuestra primera educación? En el hecho, salvo raras excepciones, el hombre de mediocre cultura, al salir de la adolescencia, conserva su cultura mediocre hasta el fin de su vida, aun cuando posea los ocios, la lectura, los viajes y el contacto con espíritus selectos.

Lo que prueba las dificultades en cultivarse, no prueba que ello sea imposible. Por eso querríamos mostrar aquí su posibilidad y los medios de obtenerla, aun cuando no sea posible a quienes han resuelto no explorar sino los caminos cortos y fáciles. El educador no es más que un charlatán si nos disimula esa dura, pero sólida verdad, de que en materia de educación, sólo lo que cuesta esfuerzo es realmente de provecho. La educación se propone ayudar al cuerpo y al espíritu a superarse, a obtener de ellos un rendimiento superior al rendimiento natural y primitivo. Este acrecentamiento de poder físico o intelectual, no se ha conquistado nunca sino a costa de cierta tensión de los músculos o de la voluntad.

Asistíamos recientemente a una clase de educación física en una gran escuela de niñas de París. La maestra explicaba y demostraba primeramente, con perfecta precisión, las actitudes que componían el ejercicio ordenado. Esos movimientos parecían muy inteligentemente concebidos; las alumnas lo repetían, sin errores, sin títulos, armoniosa y graciosamente. Teníamos la impresión de asistir a la mejor de las clases, no concebíamos ejercicios más apropiados y mejor ejecutados, cuando el muy competente especialista en educación física que nos acompañaba, con sólo una palabra, hizo desaparecer nuestro entusiasmo: "El provecho de esta clase es casi nulo, porque los movimientos no han sido ejecutados a fondo". En verdad, ese defecto saltaba a la vista en cuanto era señalado: los miembros no describían ángulos más grandes que en los movimientos de la vida corriente, los troncos no se doblaban hacia adelante más de lo que se encorvan cuando se recoge un objeto, no se echaban hacia atrás con más flexibilidad que la que se necesita para alcanzar los frutos de una rama algo elevada. Los movimientos estaban bien elegidos, pero hubiese sido preciso realizarlos dando más contracción o extensión a los músculos más flexibilidad a las articulaciones. La negligencia los detenía en el punto en que comenzaba su valor educativo.

No sirve a la cultura sino lo que cuesta esfuerzo

Existe, para cada género de ejercicios, del cuerpo, de la inteligencia o de la voluntad, una manera de engañarse con ellos, de practicarlos con rendimiento vano. Conservarles su eficiencia, es